ALICIA MOREL

LA ERA DEL SUEÑO

Lo Maravilloso

Si se olvidan los mitos y leyendas, se pierde la memoria ancestral de nuestros orígenes. Lo maravilloso alimenta el espíritu con una savia primordial, que hace comprender la realidad de lo visible y lo invisible de un modo más profundo, bello y trascendente. Sin embargo, no significa que lo maravilloso no participe de los terrores cósmicos, del recuerdo dormido de haber sido echados de un paraíso. Puede decirse que este es el aire que se respira en las leyendas y batallas épicas contra una naturaleza despiadada e indiferente.

En la prehistoria, como en el reciente pasado, resuenan fragores, gritos de odio y dolor, y también sones amorosos y un sentido del sacrificio voluntario para redimir a los hombres.

En el mito, todo surge del caos, pero tanto los dioses como los hombres no terminan de resolver su eterna lucha. Predomina lo masculino, la

batalla por la primacía, la tiranía del dios y la rebelión de la diosa, expresada en una traición. Aquí y allá se despeja el cielo, aparecen personajes como Prometeo y Balder; o se ve a una diosa madre que se acerca a las criaturas de la naturaleza una por una, para pedirles que cuiden a un hijo cuyo destino es morir.

El hombre primitivo contó su historia para trasmitir la memoria de los hechos importantes y de este modo no perderse en el caos. El hombre actual continúa haciéndolo ya no sólo en forma verbal sino escrita; crea su propia leyenda desde que nace. Positivas o negativas, estas historias influyen en el desarrollo de las vidas; mientras unos creen triunfar, otros se sumen en un fatalismo mediocre.

Los grupos familiares recuerdan algunos hechos sobresalientes que se trasmiten verbalmente de una generación a otra, como lo hizo el hombre prehistórico. El ser humano necesita su cuento, su mito personal, para protegerse del riesgo de desaparecer en aquello que lo rodea: hoy, la gran ciudad despersonalizadora; antaño, la naturaleza salvaje con sus peligros de fieras, hambre y frío.

Las bibliotecas, los museos, la conservación de edificios y objetos, ¿qué son, sino la necesidad de perdurar y de saber de dónde venimos, para orientarnos hacia dónde vamos?

Precisamente en esta aptitud de narrador y memorialista, de no querer confundirse y desaparecer en el medio ambiente, el hombre se diferencia del animal. Si se destruye un bosque, muere una cantidad de criaturas que no puede subsistir sin ese medio. El ser humano aprendió a vivir en comunidades, nómades primero; luego se afincó en la tierra, descubrió la agricultura, se independizó de la pradera, de la caza, del pozo de agua. Construyó ciudades. Progresó.

Pero el verdadero progreso no estuvo solamente en el logro material, sino en esa cualidad de la mente de doblarse sobre sí misma, de reflexionar, descubrir una verdad y recordarla, o sea adquirir experiencia. Jacques Maritain, el filósofo francés, dice que la experiencia es un fruto

incomunicable del recuerdo y del dolor. Así suele ocurrir con lo vivido por los padres, cuando quieren traspasarlo a la nueva generación. Sin embargo, a través del cuento, de la leyenda, de las memorias escritas, es posible trasmitir acontecimientos, costumbres, ideales, sueños, sentimientos y visiones que ayudan a desarrollar la capacidad de pensar, de crear, de trascender. La cultura, la ciencia, el arte, el crecimiento moral y espiritual van por este camino. Toda técnica puede sustituirse y así ha sucedido a lo largo del desarrollo histórico; pero la capacidad de pensar, reflexionar y contemplar, tiene que ser cultivada por cada generación, por cada ser humano en soledad y recogimiento. De otro modo la persona se condena a desaparecer, a convertirse en masa a la que manejan emociones e instintos.

No podemos imaginar un mundo donde no haya una historia de los pueblos, donde no se narre cuentos a los niños, donde no exista alguna forma de libro, aunque sea comprimido en microfilms o en cualquier otra técnica que se invente.

Una cultura puramente audiovisual, donde no quedase constancia del lenguaje escrito, sería un retroceso que nos aproximaría a la cultura oral primigenia. Al abandonar el lenguaje escrito, cercenamos la reflexión, y sin ella el ser humano pierde su capacidad de desarrollarse espiritualmente.

Antes, los seres fabulosos nos miraban por los resquicios de los postigos y los tragaluces de las puertas. Se aparecían en forma de fuegos fatuos o «candelillas»; crujían en los muebles, danzaban a la luz de la luna en lo más escondido de los bosques. Sentíase un temor sagrado por lo misterioso del universo.

Para recuperar algo del espíritu adámico de la infancia, capaz de ver lo maravilloso donde el adulto sólo ve cosas comunes, hay que levantar el velo gris que cubre la memoria y recordar los mitos y leyendas de la era del sueño.

El Cuarto Reino

El Cuarto Reino nació antes de la historia, en la era del sueño. Brotó de la imaginación humana como una manera de explicarse el mundo; fue la primera ciencia que contiene símbolos y observaciones válidas hasta hoy, sobre todo en su aspecto ecológico. Está constituido por una multitud de seres de apariencia y carácter diferentes, pero de la misma raza, los que se cree habitaron una vez este mundo. El hombre primitivo vio gigantes en las montañas y en los volcanes; una variedad inmensa de genios buenos y malignos en lo sombrío de los bosques; en los árboles descubrió las dríadas, hadas que daban vida y hacían producir la tierra; el que cortaba un árbol merecía morir por haber destruido a un espíritu bondadoso; en las flores revoloteaban seres alados, los elfos; en las minas y bajo tierra reinaban los gnomos y los enanos, custodios de tesoros; en los ríos y lagunas construían sus palacios ondinas y náyades, con aspecto de bellísimas mujeres de largos cabellos ondulados.

Eran seres intermedios, menos poderosos que los dioses, pero cambiantes y temibles como los climas de la tierra. Poseían reinos inalcanzables, islas de eterna juventud, poderes extraterrenos; gobernaban el destino de los hombres con la misma indiferencia hacia el dolor humano que caracteriza los fenómenos de la naturaleza.

La perfección del mundo y la difícil supervivencia, la inmensidad del universo y la pequeñez del hombre, el misterio de la vida y la muerte, de lo visible y lo invisible, despertaron en los primeros habitantes un respeto sagrado hacia todo lo que los rodeaba, fuera bueno o dañino.

En los países nórdicos las nieblas constantes y los largos inviernos dieron alas a la imaginación; allí nacieron las hadas más poderosas y bellas, reinas de todas las hadas del mundo. No hay que olvidar, sin embargo, que la refinada cultura persa dio nacimiento a una rica mitología de espíritus alados que hizo decir a Emile de Montegut «las hadas vinieron de Persia».[1]

Las regiones cálidas de naturaleza exuberante, cuyas selvas estaban pobladas de animales salvajes, también se prestaron para la creación de mitos; allí fueron sagrados ciertos animales, como el elefante blanco, los monos y algunos mamíferos que el hombre domesticó, siendo un ejemplo la vaca, en la India.

En Egipto, los dioses se representaban con atributos de algunos animales por sus características: Anubis, dueño de la llave de la vida que en el reino de la muerte permitía recuperar todo lo vivido, ostentaba cabeza de chacal; el cocodrilo y el hipopótamo representaban, uno la fuerza del río, y el otro, la fertilidad durante la espera de un hijo; a la gata se la consideraba diosa del amor.

En Brasil, las tribus *bororo* creían al tigre dueño del fuego, lo mismo que a las aves de plumaje rojo.

Desde antiguo, en Egipto y América, la serpiente representó el agua con su poderío engendrador. Figura en el Génesis, surgiendo del árbol de la ciencia del bien y del mal, despertando a la pareja humana del sueño inocente; les abrió los ojos a otra visión de sí mismos y del mundo. Con

Emile de Montegut, literato y crítico francés del siglo XIX, colaboró con artículos de crítica en *La revue des deux mondes*. En uno de estos artículos, «Des fées et de leur littérature», que se publicó en el número de abril de 1882 y fue traducido posteriormente al español por Jesualdo en su libro, *La literatura infantil* (Buenos Aires, Losada, 1937, p. 654), Montegut dice de las hadas, según traducción de Jesualdo: «Un sabio en etnografía, diría que ellas son de raza aria y que pertenecen a la gran familia de los pueblos indogermánicos; yo me contentaré con decir que nacieron en Persia... Salieron de esos enjambres de espíritus elementales que hizo nacer la doctrina del dualismo y obedecieron a los encantamientos e invocaciones de los magos. Ahí pasaron su larga y voluptuosa infancia jugando en la luz de un aire seco y puro, y rodearon de perfumes las casas pintadas y los quioscos ligeros; después volaron en graciosas bandadas como grupos de pájaros emigrantes y se posaron en los países vecinos; o bien, invisibles, hicieron el camino con los viajeros que las llevaron, sin saberlo, en el pliegue de sus ropas o de sus turbantes, y las sacudieron en seguida junto con el polvo llevado de Irán».

ella entraron la muerte y el dolor, la otra cara del paraíso. Desde entonces, el hombre añoró el jardín edénico, las islas maravillosas, la fuente de la eterna juventud.

Cada región, cada lugar habitado, tenía sus propios seres prodigiosos. Enumerarlos con sus nombres folklóricos es tarea sin fin, como también lo es describir el bestiario imaginado por el hombre: centauros, dragones, unicornios, serpientes fabulosas, y los extraños habitantes de lagunas y nieves en los que todavía se suele creer. Personas aseguraban haber visto al monstruo del lago Lochness en Inglaterra e incluso lo habían fotografiado. El «abominable hombre de las nieves» sorprende a los que se aventuran en las altas montañas del Tibet y Nepal.

Las antiguas noches apenas iluminadas por teas o fogatas hicieron crecer los temores junto con las sombras. Hace poco más de cien años, el hombre logró tener una mejor iluminación en las ciudades, al descubrir sucesivamente el alumbrado a gas, la electricidad y las centrales nucleares. Basta salir a campos y montañas donde todavía no llega luz eléctrica para reencontrar las profundas noches en que vivió la humanidad durante milenios.

Sin embargo, la oscuridad permitió apreciar el movimiento de los astros, la contemplación de los fenómenos de la Vía Láctea, donde los pueblos antiguos situaron sus dioses, sus héroes y sus antepasados. La noche le dio al ser humano el sentido del misterio y de lo infinito, y despertó en su alma el deseo de investigar y proyectar su vida más allá de la muerte.

LA EDAD DE LAS LEYENDAS

Cuando las tribus bárbaras, con su cultura diferente, penetraron el Imperio Romano, y decayó éste con sus dioses oficiales, invadieron Europa leyendas y mitos venidos desde todos los puntos cardinales; se mezclaron entre sí, originando múltiples variaciones, haciendo imposible investigar cuál fue el origen de muchos de ellos. De Persia, de la India y China, de los países

nórdicos, de lo más recóndito de Siberia, y del norte africano, se expandieron las narraciones llevadas de boca en boca, con pequeños cambios, según la imaginación de los narradores, pero conservando una verdad central. Esta verdad es la que las hace hasta hoy tan atrayentes. Leyendas y mitos son memoria y experiencia de pueblos desaparecidos, algo así como su historia, transformada mágicamente por el tiempo y los trovadores.

Imaginemos los caminos que unían castillos, aldeas y ciudades durante la temprana Edad Media. Senderos, más que caminos, atravesaban bosques, tierras pantanosas, lugares peligrosos a causa de los bandidos y fieras. Lobos, osos, linces, jabalíes, poblaban las espesuras y atacaban las caravanas. Por allí transitaban viajeros y peregrinos que iban a Roma o Tierra Santa; caballeros solitarios y señores feudales con sus séquitos; guerreros de las Cruzadas, monjes, comerciantes, grupos de campesinos; trovadores y artistas ambulantes. De vez en cuando iluminaba los caminos un carruaje en el que viajaba un rey o una princesa, rodeados de pajes y vasallos bien montados, como aparecen en muchas miniaturas e ilustraciones de los libros manuscritos de aquellos tiempos. Junto con estos personajes, viajaban las leyendas y los mitos, esos romances que se contaban y cantaban en torno a las fogatas y en los salones de los príncipes y que eran casi la única diversión de nobles y campesinos.

La infantina encantada es un buen ejemplo de un romance mezclado a la magia de las hadas:

A cazar va el caballero,
a cazar como solía,
los perros lleva cansados,
el halcón perdido había;
andando se le hizo noche
en una oscura montiña.
Sentárase al pie de un roble,
el más alto que allí había:
el troncón tenía de oro,
las ramas de plata fina;

levantando más los ojos
vio cosa de maravilla:
en la más altita rama
viera estar una infantina;
cabellos de su cabeza
con peine de oro partía,
y del lado que los parte
toda la rama cubrían;
la luz de sus claros ojos
todo el monte esclarecía.
–No te espantes, caballero,
ni tengas tamaña grima;
hija soy yo del gran rey
y de la reina de Hungría;
hadáronme siete hadas
en brazos de mi madrina,
que quedase por siete años
hadada en esta montiña.[2]

Los campesinos que habitaban cerca de los bosques tenían gran cuidado de no pronunciar abiertamente el nombre de hadas y duendes; era peligroso atraer su atención, a causa de su carácter susceptible. Se referían a ellos como *la buena gente*, o *los buenos vecinos* y también como *la pequeña gente*.

A pesar de que la iglesia católica intentó suprimir la creencia en las hadas porque traían consigo la atmósfera de los dioses paganos y un aire de hechicería que olía a infierno; aunque algunos poetas y trovadores pretendieron cristianizarlas, asemejándolas a los ángeles, estas criaturas evasivas se escondieron en los bosques o se refugiaron bajo las colinas y en los castillos en ruinas. Muchos duendes, como los *brownies* escoceses, se hicieron domésticos, prefiriendo las casas acogedoras y bien provistas. Las hadas, de gustos aristocráticos, asistieron a bautizos de princesas: concedían dones o lanzaban maleficios.

El trébol de cuatro hojas rompía el hechizo de las hadas, igual que la llamada *Hierba de San Juan*, parecida a la margarita; ambas plantas simbolizaban al Sol y se las utilizaba en las fiestas paganas.

Considerábase a las avellanas fuente del conocimiento y también fruto de la fertilidad.

Los hongos tuvieron siempre un significado mágico; fueron la puerta de entrada al país de las hadas, sobre todo si eran alucinógenos. Solían llamarlos *Gorro de los elfos* o *Silla de montar de las dríadas.* El hongo *Corro de hadas*, se reproduce formando círculos y suele tener hasta seiscientos años de antigüedad.

La campánula fue la más poderosa de las flores de las hadas; se creía que una colina cubierta por ellas era un lugar muy peligroso para los seres humanos, porque allí las hadas tramaban sus más nefastos encantamientos y embrujos.

Entonces, todos, niños y personas mayores podían ver a los seres fabulosos. Los unicornios vagaban por las selvas y sólo una doncella virgen podía atraparlos, ya que estos animales amaban la pureza. Por el contrario, el basilisco era una especie de monstruo al que aun el caballero de corazón más puro no podía vencer. Tenía cabeza y cola escamadas como de serpiente, pero ostentaba la cresta del gallo y el cuerpo cubierto de plumas como dicha ave. Su mirada destruía todo lo que miraba; por suerte, la presencia de un gallo o una comadreja, o la planta de la ruda lo mataban y hacían desaparecer al instante.

Al transcurrir el tiempo, los temores eclesiásticos hiciéronse infundados; las ciudades crecieron y se iluminaron, la ciencia sustituyó a la alquimia, los caminos se multiplicaron, atravesando bosques y campos; las hadas, los animales fabulosos perdieron poder y lentamente se esfumaron en la leyenda.

En el siglo diecisiete, los seres del Cuarto Reino se pusieron de moda en los salones de marquesas y condesas. Fue la época lujosa y relajada de Luis XIV, el Rey Sol. Entonces se editó la primera versión de los cuentos de hadas que las nanas campesinas contaban a los hijos de los ricos y los nobles: *Cuentos de antaño* o *Mi madre la oca*, vieron la luz en 1697; su autor, el nunca olvidado Charles Perrault, rescató las oscuras consejas que

escuchó en su infancia, revistiéndolas con la clara atmósfera francesa, y alivianó la ferocidad de ogros y brujas, con la sonriente ironía y la gracia propias de su estilo. De esta manera, en forma de cuentos para niños, se salvó el tesoro mítico, que más tarde, al recuperar prestigio, interesaría a antropólogos, historiadores, pedagogos, y en forma especial, a los artistas y escritores, como fuente de sabiduría y belleza.